

Narraciones que crean identidad: la historia familiar y los niños en el pre-escolar¹

María Cristina Tenorio

Introducción

Cuando un niño nace, su desarrollo y conversión en un ser humano, se logra gracias a dispositivos sociales y culturales que le permiten construir una identidad personal, al tiempo que lo sujetan a las normas y convenciones de su grupo social.

Las pautas y normas sociales de su grupo de referencia le definen cómo ser persona en su mundo: cómo comportarse en cada ciclo de edad, qué creencias sostener, cómo modelar sus afectos y la expresión de los mismos, cómo comportarse según el género. Todas estas pautas de mentalidad y de conducta que desde pequeños nos enmarcan la manera como vamos a pensar, actuar, sentir, implican que *nuestra identidad personal se define en relación*. Nadie define su identidad con referencia a sí mismo. Siempre, la identidad se define con relación a los demás con los que se está en relación; y por esta razón, a lo largo de la vida la identidad siempre está sujeta a modificaciones.

La identidad no es por tanto un dato de base, una característica esencial al ser que, al nacer, vendría impresa en nuestra carne humana. *La identidad es una construcción social*; es producto del hecho de que somos animales sociales, pero animales con una particularidad: tenemos ricas culturas que los diversos grupos humanos forjaron a lo largo de miles de años de historia. Nuestra identidad dependerá por tanto de en qué mundo social y cultural nacemos y nos criamos.

Cada grupo cultural define qué rituales acogerán a cada niño que nace y cómo se los debe tratar - cómo y cuándo cargarlo, o no hacerlo y quién debe hacerlo, cada cuánto alimentarlo, cómo hablarle, qué nombres darle y a partir de qué momento. Igualmente, es la cultura particular la que define cómo se

1 Seminario: El aprendizaje en el pre-escolar "Un encuentro con sentido". Cali, Junio 28 del 2003

establecerá su filiación, y la inscripción en un grupo de parientes, que de allí en adelante será su familia. Pues para humanizarse, el niño no sólo requiere de cuidados, protección, ternura, sino de los actos, rituales y nominaciones que lo inscriben como miembro de la familia que lo acoge.

1. La inscripción en el parentesco, ligada a la frecuentación y anudamiento de los vínculos familiares ¿qué relación tiene con la construcción de la identidad personal de los niños?

Todas las culturas del mundo, antiguas y contemporáneas, cercanas y remotas, se han valido del hecho de que los padres y la parentela son el primer grupo de pertenencia de cualquier recién nacido, y hasta los primeros 6 años, para que este grupo sea el encargado de socializar al niño, es decir, de *enseñarle lo que significa y lo que implica ser persona en esa sociedad*. La familia le enseña la lengua materna, y con ella modela su pensamiento según las categorías culturales; modela su cuerpo, para que el pequeño lo viva y lo maneje de acuerdo con los códigos vigentes en esa sociedad; modela sus emociones, enseñándole cuándo, cómo y cuáles expresar; da forma a su personalidad cultural de acuerdo con lo esperado como comportamientos aceptados por esa sociedad. Pero además de todo esto, *le define su lugar social*: quién es él o ella para los otros, qué parentesco lo liga a cada uno de ellos, qué deberes tiene y tendrá en un futuro con ellos, y qué conducta deberá adoptar frente a ellos en las diversas situaciones. Las reglas de conducta social de ese grupo humano particular son aprendidas y puestas en práctica en el entorno familiar.

A lo largo de la historia de la humanidad, los niños han crecido en familia. Hasta épocas muy recientes, adquirirían tempranamente con su parentela una afiliación familiar que, por una parte, les exigía comportarse socialmente de acuerdo con las expectativas familiares, y no deshonrar el apellido o la familia; pero por otra, los cubría con la protección de la parentela en las dificultades y conflictos. Pertenecer a un grupo implica asumir responsabilidades, pero también permite contar con el apoyo de ese grupo. Desde muy pequeños, los niños sabían que no sólo sus padres y tíos sino sus primos, los protegerían y defenderían. Como la pertenencia no era sólo cuestión de llevar el apellido sino de encarnar los rasgos familiares —en el carácter, en la conducta, en las habilidades—, cada niño o niña podía sentir que él o ella había heredado de sus antecesores los rasgos familiares que lo hacían merecedor de llevar esos apellidos.

¿Cómo reconocía cada niño esos rasgos?

En la cotidianidad de las familias, los adultos comentaban anécdotas sobre

los distintos miembros, que recalcan ciertos estilos personales —bien fuera con admiración o con burla— o mostraban continuidades en el carácter, o en las habilidades. Por ejemplo, se enfatizaría la capacidad previsor de los hombres de la familia, o la habilidad de las mujeres para administrar la casa, o para hacerla acogedora; se alabarían las habilidades para el bordado o para el canto de algunos miembros, o la simpatía y generosidad de otros; se criticaría el carácter violento de algunos, o la amargura de otros. Día a día los niños escuchaban cómo a los nombres familiares se ligaban historias, anécdotas, comentarios que iban construyendo un carácter para los hombres de la familia y posiblemente otro para las mujeres. Estos comentarios eran portadores de sentido y por esto mismo llevaban a los niños a querer ser como los personajes admirados, y a rechazar a los odiados o temidos. La vida diaria en familia era así el crisol en el que se moldeaba el carácter de los pequeños, de acuerdo con lo valorado o criticado por los adultos.

Hablar de los viejos, contar sus fortalezas y las dificultades que habían sorteado, llevando a los nietos a conocer su desempeño anterior - aunque socialmente ya no tuvieran un papel destacado -, daba cuenta de la vida de la familia a través de las generaciones, de los cambios en la vida de cada uno, y de los factores que los habían motivado. La trascendencia de la familia, el hecho de que muchos antepasados ya habían muerto, pero habían dejado un legado reconocido en los valores que habían encarnado en sus vidas, todo esto lo recogía el niño mientras deambulaba por la casa, oía conversaciones, ayudaba en pequeños oficios, conversaba con la abuelita.

Para un niño pequeño, adquirir una primera identidad personal, un “yo” que se diferencia de otros “yos” pero que se apoya en ellos, le exige entrar en relación con estos referentes familiares; personajes reales, vivos y muertos, cercanos y lejanos —viejos, adultos, jóvenes y niños, representantes de todos los ciclos de la vida, en los que él o ella empieza a re-conocer-se, a tomarse por uno de los “ejemplares” de la serie.

Los comentarios de los padres y familiares sobre las conductas y rasgos de sus pequeños, ponen a éstos en relación con los “otros” familiares: terco como el abuelo, risueña como la tía, “yo me mando” como la abuela... Palabras que se desgranán mientras el pequeño actúa, y que ligan su conducta a un modelo familiar, al identificarla con un referente conocido por todos. Incluso cuando el padre está ausente o muerto siempre se producen comentarios que ligan al pequeño con él: “Camina igualito al papá. ¿Cómo lo lograría si nunca lo conoció?” No importa si realmente camina igual o no, el caso es que la familia le reconoce que ese papá ausente es su referente y lo remite a él. Le permite identificarse con él, asumir rasgos de él.

La sabiduría popular siempre ha reconocido y fomentado este tejer hilos entre los recién llegados a la familia, y los que ya hacían parte de ella: los nuevos deben ser reconocidos como miembros, y para ello, deben dar alguna señal que los identifique como miembros aceptables. Un ritual tradicional de

interrogación al bebé, entre los Ouloff de Dakar, tenía como fin indagar si el recién llegado era efectivamente un miembro aceptable por la familia, o por el contrario un espíritu del bosque.

Aceptar al recién nacido como miembro del grupo familiar siempre se hace a través de rituales de nominación, que implican reconocerlo como parte del o los linaje y darle los apellidos mediante los cuales todos en la comunidad lo reconocerán como tal. Diversas ceremonias dan cuenta de este reconocimiento: el bautizo cristiano, el registro civil, el ritual de la circuncisión, darle los nombres secretos y los nombres públicos, etc.

Desafortunadamente, en el mundo urbano moderno, muchos rituales y ceremonias tienden a vaciarse de sentido. Se realizan bautizos, se festeja el nacimiento —incluso con inversión de mucho dinero—, pero eso no implica que la familia de a la ceremonia el significado simbólico de inscripción del recién llegado, de inclusión en un orden social al que todos están ligados.

2. En nuestra cultura ¿cómo se hacía hasta épocas recientes la inscripción de los niños como miembros del grupo familiar?

Hasta los años 50 Colombia fue un país de regiones con costumbres tradicionales. Al poco tiempo de nacido el niño o niña recibía un nombre de pila a través del bautizo, y la partida parroquial de bautismo era el documento legal que atestiguaba que ese niño o niña había sido incluido en el grupo de los creyentes. La ceremonia misma era la confirmación ante la comunidad de que ese pequeño había sido reconocido como hijo,² y a partir de allí toda la parentela, tanto por rama materna como paterna, lo contabilizaba entre los suyos, lo nombraban como tal, y esta inclusión le definía cómo comportarse con cada nivel y tipo de parientes, y qué tratamiento esperar de cada uno de ellos. Hasta mediados del siglo XX, las familias extensas por lo general sostenían relaciones continuas, a través de paseos, reuniones de grandes y pequeños, vacaciones en común en las que los primos se encontraban, celebraciones de festividades, etc. Los niños desde pequeños tenían la oportunidad de conocer personalmente a sus parientes, de entrar en relación con ellos - encuadrada por los usos -, de escuchar anécdotas familiares sobre ellos, de enterarse de sus actividades laborales, de visitar sus casas, de sentirse parte de esa gran familia. Este sentimiento de pertenencia no dependía de los afectos manifestados, sino del hecho mismo de saberse miembro del gran grupo familiar y de conocer claramente su lugar en él. Lo cual se confirmaba por el hecho de que la comunidad reconocía al niño o niña como el hijo o el nieto de don fulano, la sobrina de mengano, etc. Ser parte de la familia era estar cobijado por una identidad familiar, que se por-

² Por supuesto, los hijos ilegítimos no eran reconocidos como tales; no tenían derechos, no eran parte de la familia paterna, y eran vividos como una vergüenza por la familia legítima. Se les llamaba hijos naturales o bastardos.

taba con los apellidos y con los rasgos apreciados de esa familia.

Esta armazón social tradicional, fundada en la familia, se sustentaba en varios principios. Mencionemos algunos:

- Desde el nacimiento hasta la muerte, todos los momentos fundamentales de la vida ocurrían en la casa familiar, entre los parientes.

- La familia funcionaba como una red de ayudas y de exigencias. Todas las ayudas que una persona necesitaría a lo largo de su vida venían de sus parientes, y por ello mismo, su primera obligación era con ellos. Los deberes se maximizaban, los derechos casi no se nombraban, pues la vida no se concebía como la posibilidad de lograr la felicidad personal, ni siquiera de evitar el sufrimiento.

- El orden social se armonizaba con el orden familiar: cada quien tenía un lugar, el cual dependía de los linajes o ramas familiares (en los que estaba inscrito como descendiente) y que lo incluían como miembro y lo apoyaban, de la generación a la que pertenecía, y de su lugar entre los hijos y nietos. Nadie podía a voluntad cambiar este orden, el cual es de carácter simbólico. Los afectos vendrían por añadidura, no eran la base de este ordenamiento.

- Las relaciones familiares eran jerárquicas, y quien tenía la autoridad familiar estaba por encima de los demás. Los menores de edad estaban supeditados a los adultos. No se concebía que los niños tuvieran criterio propio para tomar decisiones, ni para manejar conocimientos que implicaran tener poder de decisión o de acción. Se valoraba más la experiencia que conducía a la sabiduría, que alardear de conocimientos no surgidos de la experiencia.

- La minoría de edad no implicaba irresponsabilidad, ni falta de actividades de ayuda. Los menores debían producir y ejercer oficios y labores al lado de los mayores. Los adultos debían ser sus guías y formadores, por lo cual se exigía respeto hacia los adultos; éste se expresaba en la manera de hablarles, en la contención de los gestos, en la aceptación de los límites que los adultos de la familia imponían.

Aunque muchos de estos principios nos resultan desfasados con una mentalidad moderna, la crianza de los niños en las sociedades tradicionales ofrecía ciertas ventajas que no han sido claramente reemplazadas por los principios democráticos e igualitarios de la crianza moderna.

3. *¿Cómo se hace hoy en día esa inscripción de los niños en su parentesco?*

A partir de la década del 70 empezaron a ocurrir cambios sociales y culturales fuertes que modificaron la vida de las familias y el lugar de los niños en ellas:

- La urbanización se aceleró, muchas familias dejaron fincas y pueblos y pasaron a vivir a las ciudades estas ofrecían empleo y mejores posibilidades educativas para los hijos. Este paso a la ciudad produjo un gran distanciamiento entre los grupos familiares que hasta entonces habían tenido una cercanía de vecindad en los pueblos y corregimientos.

- Las mujeres jóvenes no solamente cursaban ahora estudios de secundaria, sino que ingresaron a la Universidad y a estudios técnicos, lo cual permitió su ingreso al mercado laboral en oficios remunerados, por fuera del hogar.

- Se impulsó en Colombia la planificación familiar, que modificó radicalmente la composición de las familias. Las parejas limitaron el número de hijos, y la mujer empezó a pensarse y a vivir su vida no sólo como madre.

- Los expertos en niñez criticaron las pautas y prácticas tradicionales de crianza y empezaron a enseñar a las jóvenes madres a guiarse por sus indicaciones y no por las enseñanzas familiares.

La vida del pequeño grupo familiar se cerró sobre sí misma. De las actividades y conversaciones entre mujeres de la familia reunidas —cosiendo, bordando, laborando juntas con los niños a su alrededor— se pasó a una pareja más centrada en sí misma, en la que ambos trabajan por fuera del hogar. Los dos necesitaban ahora el tiempo no laborable para sostener su relación de pareja y compartir un rato con los niños. Las parejas formaron grupos de amigos afines, y los primos y tíos sólo se veían ocasionalmente. La parentela dejó de frecuentarse; se tomó distancia de lo que empezaba a vivirse como intromisión o demandas sociales excesivas de los familiares.

El Estado creó mecanismos civiles de registro de los nacimientos, con lo cual el documento de inscripción pasó a ser el registro civil de nacimiento. Éste ya no incluía al niño en la comunidad de los creyentes, sino en la comunidad de los ciudadanos. En lugar de una ceremonia religiosa, con participación de los familiares y por lo general algún tipo de celebración, se pasó al anonimato de una oficina pública y una función notarial sin mayor sentido para los denunciantes.

Los momentos más importantes del ciclo vital, que antes se vivían en la casa —el nacimiento, la primera comunión, el matrimonio, la muerte— y otros momentos de celebración tradicional— las novenas navideñas y la Nochebuena, la fiesta del santo y más adelante los cumpleaños— dejaron de ser vividos como un asunto familiar, perdieron su carácter religioso y pasaron a

realizarse en escenarios públicos. El nacimiento y la muerte pasaron a las clínicas, y el muerto a las salas de velación, donde ya los parientes no permanecen en vela, sino que registran su nombre en un libro. El matrimonio pasó a casas de recepción, donde los costos impiden invitar a todos los parientes, y los novios exigen que buena parte de los invitados sean sus pares y amigos personales, ya no la familia. Las primeras comuniones y cumpleaños de los niños tampoco se hacen en la casa, sino en restaurantes con juegos donde los niños son entretenidos por recreacionistas.

La televisión se volvió un aparato imprescindible en los hogares. El tiempo que antes los niños pasaban en juegos al aire libre con primos y vecinos, ahora se pasaba en aislamiento, toda la tarde frente al TV. De las conversaciones de sobremesa, se pasó al TV en el comedor durante las comidas. De las visitas de familiares y vecinos se pasó a ver TV todos juntos en la cama de la pareja o en el estadero: las miradas fijas en la pantalla, las historias y anécdotas familiares reemplazadas por los sufrimientos y vicisitudes de los protagonistas de las telenovelas. Los años 80 trajeron el video, el cual amarró aún más a la pantalla y a dramas ajenos a cada miembro de la familia.

En la década de los 70 aparecieron igualmente los primeros jardines infantiles, y fueron aumentando los años de pre-escolar en los colegios. Los niños dejaron de crecer en la familia, y entraron al jardín desde los 3 años, e incluso antes, si la mamá trabajaba. Los compañeros de juego ya no eran los primos, sino los pares de la guardería o jardín. En este nuevo modelo de crianza, las mujeres cercanas, ya no son las tías sino las maestras jardineras. Las abuelas hacen suplencia a las madres trabajadoras, pero con horarios y funciones delimitadas; las madres les exigen no imponer sus criterios ni su estilo de crianza en los niños.

Las críticas de los psicólogos a los estilos tradicionales de crianza, y en especial a la autoridad excesivamente severa de los padres, más preocupados por castigar que por estimular, y cuya educación estaba más basada en el temor que en el amor, llevó a cambios abruptos en los modelos de autoridad. Para no traumatizar a los niños, los nuevos padres buscan ser amigos de sus hijos, establecer una relación horizontal, evitando las jerarquías y las imposiciones. Se busca crear una relación democrática, pero por lo general los padres no tienen en cuenta que los niños pequeños requieren límites, restricciones, y no tienen aún el juicio moral para definir por sí mismos lo mejor para todos, y no sólo para sí mismos.

La pérdida de credibilidad en el matrimonio como unión inquebrantable, la lucha de las mujeres por romper uniones basadas en la dominación, y la nueva legislación sobre el divorcio en Colombia, llevaron a que en las últimas décadas las uniones se volvieran temporales. Surgieron así las *familias recompuestas* en las que los hijos de las primeras y segundas uniones tienen que reinventarse un lugar en la nueva pareja, y en las sucesivas y superpuestas parentelas; los adultos se casan y descasan según sus necesidades afectivas,

y los niños cambian de pareja de referencia y se ven introducidos en nuevas relaciones familiares en las que su lugar no está definido, ni mucho menos asegurado, pues depende de los afectos que surjan y no de la pertenencia familiar. “La abuela de mi medio hermano, o más aún, la abuela del hijo del nuevo compañero de la madre con quien convivo, no es mi abuela ni me trata como a su nieto; ¡pero a mi propia abuela no la he vuelto a ver!” Esta situación se ve agravada por el hecho de que no existen términos de parentesco para nombrar a los nuevos padres y parientes sociales, ni una legislación sobre sus funciones. ¿Quién está autorizado a corregir? ¿Con cuál identificarse? —con el padre biológico y genealógico a quien ya no se trata, o con el compañero de la madre con quien se convive y que debería hacer las veces de padre social, pero no lo hace? No es de extrañar que estas situaciones generen una gran dificultad de los niños para ubicarse en estas nuevas familias, y para definir su identidad a partir de una familia en la que varios agentes ocupan la misma casilla genealógica.

¿Qué papel juega hoy en día la parentela en la definición de la primera identidad de nuestros niños pequeños?

Como consecuencia de estos amplios y complejos cambios, la identidad de los niños pequeños ya no se está construyendo de manera fundamental en la familia. Los niños pequeños ya no frecuentan a sus parientes mayores, e incluso muchas veces ni los conocen —los padres están muy ocupados para visitar a los viejos en su apretado fin de semana; las tías abuelas, ya no deambulan por los jardines contando sus viejas historias; ya no hay tíos y tías, ni parientes cercanos que comenten los actos cotidianos del niño ligándolos a los referentes familiares. Muchos niños no saben bien los nombres de sus tíos, ni por qué son tíos ¿cómo podrían saber en qué se parecen a ellos? o ¿qué los une como familia y les da identidad? Las madres y padres que consciente y deliberadamente han decidido romper con los modelos tradicionales de crianza (los de sus propios padres y su familia), rechazan la intromisión de los familiares en su manera de educar a sus hijos y prefieren alejarlos, buscando preferiblemente la compañía de parejas jóvenes con ideas similares.

4. Las culturas se fusionan

Hasta mediados del siglo XX, los viajes eran relativamente lentos y los medios de comunicación tenían cubrimiento local. Por esta razón, las mayores exposiciones de una cultura local a otra foránea, se daban por las migraciones, e incluso por las guerras. Con los grandes avances tecnológicos de finales del siglo XX, culturas muy diversas se pusieron en contacto, de múltiples maneras.

Mujeres árabes cubiertas con velos se reunían para ver por TV la serie *Dallas* en inglés, mientras soñaban con otras formas de vida y de relación hombre-mujer que los personajes de la serie ejemplificaban. Igualmente, muchísimos habitantes de las excolonias africanas y asiáticas de los países europeos buscaron trabajo en sus metrópolis, poniendo en contacto culturas totalmente distintas, y reivindicando poco a poco el derecho a no adoptar todos los patrones de vida del país huésped, sino fundamentalmente sus servicios.

No obstante, lo que más ha incidido en volver un hecho actual e irreversible la aldea global, han sido dos fenómenos recientes:

* El mercado global, que trae a todos los rincones los mismos productos y crea en todos los potenciales consumidores los mismos anhelos. La película que se anuncia en estreno en Estados Unidos para una determinada fecha, se anuncia al mismo tiempo en todo el mundo; y los juegos, juguetes, camisetas y demás gadgets que exhiben su logo o sus personajes se ponen en venta en todas partes, antes siquiera de que la película haya llegado. Los juegos electrónicos de los años 80 ya han visto varias generaciones, y las situaciones y personajes de los juegos de nintendo sirven de tema de conversación a adolescentes de países de varios continentes.

* La revolución de los medios de comunicación —y en especial el que atravesaran las fronteras y los continentes mediante satélites y cables interoceánicos que unen en segundos los puntos más distantes del mundo.

La TV por cable y el internet, son ambos excelentes ejemplos de esta oferta cultural globalizada que ya no está destinada ni limitada al uso de los grupos humanos que la producen.

Antaño las culturas eran locales; sus productos estaban constreñidos por las normas y exigencias del grupo, que al tiempo era productor y usuario; sólo los grandes imperios de la Antigüedad, como Roma, exportaron su cultura, como forma de dominación y para civilizar a los pueblos que consideraban bárbaros: imponían su lengua, religión, organización social y costumbres a los pueblos conquistados. Los demás grupos humanos reproducían la cultura heredada de sus mayores, y la transmitían a las nuevas generaciones, creando fronteras claras entre lo propio y lo ajeno. Uno de los productos culturales que más modificó estos límites fue el libro, el cual hizo circular por diversos mundos, las ideas de filósofos, científicos y literatos. El libro impreso, las traducciones, y la generalización de la lectura, multiplicaron este efecto de divulgación de un tipo de pensamiento y sensibilidad originado en los griegos y desarrollado en Europa occidental, que contribuyó a la creación de lo que llamamos la cultura occidental.

Hoy en día, la misma oferta cultural llega a todos los hogares del mundo que tengan TV por cable, y conexión a internet. La oferta televisiva, una

oferta que homogeniza los gustos, supone (al tiempo que crea) la misma visión de mundo, presenta una misma visión de los acontecimientos (la lectura que el periodismo de las grandes cadenas hace de los hechos, en consonancia con los intereses de quienes son dueños de las cadenas o anunciadores); impone héroes y antihéroes para cada generación; los dramatizados, concursos, e incluso dibujos animados encarnan ideales generalizados que los pares de esa generación comparten: belleza física (según ciertos parámetros), excelencia deportiva, pericia en el manejo de armas y manejo de situaciones de riesgo, búsqueda del poder, etc.

La oferta de internet no es homogénea, pero sí pone al alcance de todos información que antes estaba restringida a los mayores, o a quienes tuvieran formación y criterio moral para manejarla. Todo lo contrario de la posición de los pueblos tradicionales, los cuales no pasaban a los jóvenes el secreto de su origen y sus mitos, sino luego de que estos hicieran pruebas de paso que los hicieran merecedores de acceder a este saber.

5. Esta globalización cultural y los cambios en los modelos ¿cómo afectan la construcción de identidad?

En primer lugar, es necesario resaltar que estamos pasando de la diversidad cultural a la homogeneidad y uniformización. Antaño cada grupo cultural marcaba su huella y creaba identidades particulares, gracias al moldeamiento que hacían las familias, y al sujetamiento de las nuevas generaciones a los modelos culturales aceptados por los adultos de esa sociedad. Hoy en día, el borramiento de la influencia de la parentela y su reemplazo por la importancia de los medios tecnológicos y masivos, y por el grupo de pares —al cual se ingresa cada vez más pronto—, están produciendo generaciones de niños y adolescentes que en sus gustos, ideales, intereses y posiblemente en sus valores, se parecen más a niños y adolescentes de otros países (que comparten con ellos los mismos programas y actividades de entretenimiento y aprendizaje tecnológico), que a sus padres y parientes. En sí mismo, esto no tendría por qué ser ni bueno ni malo, pero resulta inquietante por varias razones.

Tener una identidad “universal”, igual a la de muchos consumidores de productos culturales homogéneos en el planeta, tiene el gran problema de que esta identidad contemporánea está marcada por el individualismo, la necesidad de éxito personal, y la falta de vínculos fuertes con lo que podría haber sido su mundo de referencia. En esa medida no implica lealtades ni solidaridades con los problemas de esas personas que deberían sentirse como cercanas, pero con las que no hay una identidad compartida. Esa identidad no amarrada a ningún grupo en particular, no sujeta, no crea obligaciones, sólo derechos.

Mientras que las identidades particulares que las sociedades tradicionales o híbridas marcaban en sus hijos les exigían sostener ese mundo social

recibido, y regirse por los valores en los que habían sido criados, la identidad homogénea del mundo global no busca preservar ningún mundo, sino propulsar a los individuos particulares a obtener logros personales.

La globalización cultural ¿afecta de alguna manera el pre-escolar?

Los diversos ciclos de la escolaridad, tal como la conocemos hoy en día, de pre-escolar a doctorado, no obedecen a modelos propios, sino a los modelos desarrollados en Europa (principalmente Francia) y Estados Unidos. Por tanto, pretender que debemos volver a un modelo de educación autóctono sería absurdo. Si algo ha contribuido a la difusión de una cultura con ambiciones universalistas, es la escuela misma, la cual ha impuesto el mismo modelo de aprendizaje y los mismos contenidos en todos los países del mundo. Sin embargo, eso no implica que debamos retomar y replicar de manera acrítica e irreflexiva estos modelos escolares considerados universales.

Pasemos revista a algunos aspectos de la educación inicial. Los contenidos que hoy en día se enseñan en los pre-escolares colombianos, no obedecen a una reflexión que sus educadores hayan realizado sobre cuáles son las principales necesidades de formación de los niños que reciben —según sus características sociales, familiares y culturales— sino a los contenidos tipo y a las habilidades tipo que se supone debe lograr todo niño antes de pasar a primaria. Esto significa que el pre-escolar parte de un modelo ideal de niño —generalmente centrado en aspectos cognitivos— y de las habilidades cognitivas, motrices, corporales, estéticas que debe lograr para tener un desarrollo óptimo. No se toma como derrotero lo que los niños han llegado a ser en cuanto personitas en formación —con dificultades con los límites, dificultades para compartir, para asumir responsabilidad por sus actos, para aceptar el fracaso. En lugar de reflexionar sobre qué dificultades y qué logros tienen— para asumir la convivencia, para volverse miembros de un grupo, para aprender en un contexto de comunidad escolar, para interesarse en el aprendizaje—, y entonces, desde allí sí definir los aspectos a enfatizar en su formación, los pre-escolares definen prioritariamente contenidos, metodologías y logros esperables.

El problema por tanto no consiste en cambiar los actuales contenidos o los rincones de juego, por cuanto todos obedecen a un modelo único homogeneizante, sino en formularse preguntas sobre el SENTIDO de la educación pre-escolar como base de la educación formal, pero también como parte del proceso de formación de la identidad personal de los niños pequeños. ¿Qué identidad se está promoviendo en estos niños? y ¿para qué se los está preparando?

6. Si en el mundo actual la familia extensa ya no tiene a su cargo a los niños en sus primeros años, y no está formando su identidad según los mecanismos psico-culturales tradicionales; si las influencias que estos niños reciben son uniformizantes, y proponen modelos para la vida que provienen del mundo de la publicidad y del mercado, *desde nuestro trabajo en pre-escolar ¿qué propuestas podemos desarrollar con los niños pequeños y en la relación con sus familias?*